

EDITORIAL

¿POR QUÉ DESARROLLAR UN TRABAJO ACADÉMICO EN LA AMAZONÍA?

Daniel Eduardo Garcia Suárez
Doctor en Educación
Universidad de lo Andes
Jefe de la Oficina de Fomento de la Responsabilidad Social Universitaria de la Rectoría
Pontificia Universidad Javeriana
garcias_d@javeriana.edu.co

Existen muy buenas razones para plantearse la posibilidad de adelantar un trabajo académico en esta región tan estratégica y diversa del planeta. Trabajo académico porque es lo que le corresponde a la universidad en cuanto a su responsabilidad social, más allá del asistencialismo desarticulado o la filantropía. Cuando se habla de trabajo académico no se hace alusión exclusivamente a la investigación, aunque la incluye, sino también a la docencia y el servicio. Es mucho lo que se puede hacer desde las funciones sustantivas para comprender la complejidad de los problemas de la Amazonía, así como los caminos que se pueden seguir para encontrar una luz. Del mismo modo, tampoco se trata de ir al territorio de forma unidireccional, sino precisamente de entablar una relación donde el territorio venga a la universidad, le enseñe sus saberes y le

plantee retos inéditos. Las razones para involucrarse con este proyecto se pueden explicitar a partir de los aportes hechos por los documentos de Laudato Si y Querida Amazonia del Papa Francisco, el mismo Pacto Educativo Global, así como a partir de las grandes apuestas hechas en la formulación de los Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Sobre la Amazonía se proyecta una serie de aspiraciones y sueños de interés global, dadas las consecuencias abrumadoras del cambio climático sobre el planeta, así como las construcciones históricas colonialistas que empobrecen la diversidad cultural, unido ello a un paradigma tecnocrático extractivista, unidimensional y centrado en el lucro económico que acrecienta las desigualdades y afecta tremendamente la biodiversidad, con sus consecuencias a corto y largo plazo en el equilibrio biológico y los ecosistemas. Estos fenómenos, si se quieren llamar así, tienen un impacto en la vida de todos y la perspectiva de nuestro futuro y el de las próximas generaciones.

La Amazonía, en este contexto, se convierte en esperanza, en una región estratégica y, precisamente por ello la preocu-

pación, en una riqueza amenazada. En otras palabras, si no se presta atención a la Amazonía, corremos peligro todos. No es una exageración. Si algo nos ha alertado sobre la globalización de los riesgos y las consecuencias mundiales que puede tener un hecho que se piensa únicamente a escala local sin prestarle la mayor importancia, es la actual pandemia del COVID-19. El tratamiento de la Amazonía tiene las mismas dimensiones y en nuestras manos está no ser indiferentes, desde todas las esferas de la sociedad, específicamente el quehacer académico y científico.

Para materializar los sueños y las aspiraciones que se tienen sobre esta región del planeta, compartida por Ecuador, Colombia, Brasil, Bolivia, Guyana, Perú, Surinám, Venezuela y Guyana Francesa, se necesita del aporte de todas las instituciones sociales, incluyendo en ellas las universidades. De hecho, trabajar en la Amazonía le da un carácter de pertinencia especial a cualquier iniciativa académica que se desarrolle, ya que son muchos los frentes que asumir, todos nucleares y de interés global, que convocan a todas las disciplinas y que requieren abordajes interdisciplinarios y un diálogo de saberes con las comunidades que allí permanecen y que también tienen mucho que enseñarnos. Del mismo modo, su aporte educativo con relación a la forma en que las nuevas generaciones de profesionales se acercan a la Amazonía se convierte en toda una transforma-

ción cultural. Entre los distintos sueños, se habla de un sueño social, en el que se atiendan las necesidades de sus pobladores con atención especial por los más pobres, los pueblos originarios, aquellos más vulnerables, por ejemplo, a la misma pandemia por la que atravesamos. En esa aspiración entra la promoción y contribución al “buen vivir” de los habitantes de esta región y la promoción de su dignidad, su reconocimiento y respeto, su bienestar.

Ello a menudo se ve afectado por la violencia, el desplazamiento forzado, la intrusión de la minería legal e ilegal que afecta sus fuentes de recursos, diversas formas de esclavitud, de explotación sexual y trata de personas, el influjo de grupos ilegales, el despojo de tierras, el conflicto con los madereros y ganaderos, caracterizado por la asimetría de poder, quienes avanzan aceleradamente acabando con el bosque que los pobladores cuidan y conservan, el crecimiento de los cultivos ilícitos y la economía cocalera, el desconocimiento de los derechos de los pueblos originarios y las dinámicas excluyentes que les traen miseria y pobreza extrema. Es un sueño que parte de la ética del cuidado y una revaloración de los pueblos originarios y las comunidades allí asentadas.

Hay también un sueño cultural, relativo principalmente al reconocimiento, respeto y aprendizaje de los modos de vida y tradiciones de los pueblos originarios, quienes han sido desplazados cada vez más por la colonización moderna. Existe una gran diversidad cultural allí, patrimonio de la humanidad, ya que los pueblos son distintos. Por ejemplo, no son iguales los que optan por no tener ningún contacto con las ciudades y se adentran en la selva, respecto a los que sí interactúan con los entornos urbanos. Igualmente, los que son cazadores, los que son pescadores, los recolectores o los que cultivan tierras inundables.

Los diversos pueblos tienen cosmovisiones de origen milenario, precedentes a la llegada de las potencias colonizadoras. Sin embargo, la transmisión de sus raíces culturales se ve amenazada, afectando su identidad y supervivencia, entrando estos pueblos en la dinámica del descarte de una urbanización que los desplaza, invade sus espacios, los estigmatiza y los explota. Investigar estas culturas, educar a los estudiantes en su conocimiento y el respeto hacia ellas, y la interacción solidaria, puede generar un compás amplio de interculturalidad y de reconocimiento de quiénes somos y por qué. También está el sueño ecológico, ya que hablar de Amazonía es hablar de biodiversidad, agua y sostenibilidad. Es evidente que la razón instrumental y los grandes mitos de la modernidad han

generado dinámicas de productividad que destruyen el medio ambiente, lo explotan de forma utilitarista y transforman sus espacios llenos de vida en lugares áridos plagados de contaminación y muerte. Hay que replantear la relación de hombres y mujeres con la naturaleza, reconocer en ella un sujeto de derechos, su ser, evitando a toda costa hipotecar el futuro de las próximas generaciones gracias a un concepto de desarrollo de corte neoliberal. En la Amazonía encontramos el fruto de millones de años de evolución, donde se ha establecido de forma natural el equilibrio entre el agua, el suelo, la fauna, la flora y el clima. Allí los pueblos originarios han aprendido a subsistir respetando dicho equilibrio. Los ciclos naturales que dan lugar a inundaciones en ciertos periodos del año, así como la extensión de los ríos amazónicos y los impresionantes paisajes majestuosos que albergan vida en todas sus formas, convocan a las ciencias, las artes, las distintas disciplinas, a descubrir y dar a conocer un tesoro más valioso que las ganancias bursátiles más rentables. El Programa Amazónico Javeriano es una apuesta institucional y colectiva que quiere contribuir a la actividad académica en la Amazonía. Bien vale la pena unir esfuerzos, producir ideas, generar sinergias, para que la universidad pueda hacer un aporte pertinente, situado, sistemático y respetuoso a esta región que se convierte en uno de los activos más importantes de la humanidad y de las futuras generaciones.



Traslado del delfín de río nuevamente al río. Fotografía de Luis Barreto.